

A LA VUELTA DE LA ESQUINA



AGRAVIO Y DESAGRAVIO

A 9 de Mayo de 1996.

Señor Octavio Paz:

Entre las razones que tengo para leer *Vuelta* —aparte de las literarias— se encuentran la coherencia y el rigor crítico de los artículos y notas que ustedes publican en materia de pensamiento y política. Pero en el número de mayo aparece una nota, descosida y arrogante, cuya publicación en su revista es inexplicable. Me refiero al artículo de Gustavo Esteva sobre el interesante y muy discutible libro de Julieta Campos: *¿Qué hacemos con los pobres?*

Según Esteva la situación actual de nuestro país se debe al fracaso histórico de las "elites" mexicanas y dice, retóricamente: "¿no ha llegado el tiempo de preguntarse qué hacemos con las elites, vista su ineptitud para ver y menos aún entender al otro México y certificada su incapacidad para intentar caminos que no sean los del avasallamiento?". Es muy fácil acudir a una vaciedad de este género para explicar un complejo fenómeno histórico. ¿A qué elites achaca Esteva la pobreza mexicana? ¿A los caciques o a los sacerdotes precolombinos, a los misioneros o a los conquistadores, a los obispos o a los virreyes, a los liberales o a los conservadores, a los positivistas o a los revolucionarios de 1910, a los nacionalistas o a los marxistas, a los estatistas o a los lla-

mados neoliberales? ¿Los culpables han sido la Iglesia, los militares, los empresarios o los intelectuales? ¿Los imperialismos: el español o el norteamericano?

Un ejemplo bastará para mostrar la inanidad del diagnóstico, para llamarlo así, de Esteva. Una de las causas fundamentales de nuestra pobreza ha sido el excesivo crecimiento de la población. (Por cierto Esteva ni siquiera menciona este factor y Julieta Campos roza el asunto de paso y como sobre ascuas). ¿Qué elite ha sido o es la culpable de la explosión demográfica? Mencionaré algunos candidatos: la Iglesia Católica, que tiene sobre esto una política no menos obtusa que la que llevó a la hoguera a Giordano Bruno y a la retracción a Galileo; el machismo de nuestros compatriotas, que ven con horror los métodos anticonceptivos pues implican la libertad de las mujeres sobre su propio cuerpo; el gobierno, que sólo hasta hace poco y a regañadientes ha emprendido una tímida política de población; la izquierda, que hasta hace unos años consideraba a la planeación familiar como una superstición neo-malthusiana y que ahora esquivaba el tema; la mayoría de los mexicanos, que creen que es un pecado evitar tener hijos aunque no tengan un quinto para alimentarlos y educarlos. Como se ve, no hay ninguna elite específicamente responsable de este grave problema. En cuanto al remedio: ¿cree Esteva que el cacareado *México profundo* puede resolver el problema demográfico?

Más adelante, Esteva arremete en contra de la democracia: "el modelo democrático ha sido siempre elitista: asegura la reproducción de minorías autoelegidas. Las elites... hoy defienden con pasión al sufragio porque los partidos y los medios impiden el gobierno de las mayorías. En la democracia una *pequeña minoría decide por los demás...* la alternancia en el poder o los contrapesos democráticos no modifican este hecho..." Así pues, recomienda Esteva, "no hay que ceder al chantaje de la mentirosa dicotomía *democracia/dictadura...*" Y más adelante: "mientras no logremos darle otro significado, *democracia* y *desarrollo* seguirán siendo formas de *negación del otro México*". No continuó. Sería fastidioso citar *in extenso* la letanía de Esteva que reproduce las viejas críticas a la "democracia formal" de fascistas y comunistas.

No tengo más remedio que terminar esta carta con una pregunta: ¿Cómo es posible, señor Octavio Paz, que *Vuelta* publique esas insensateces? El caso requiere o, más bien, exige una explicación. Atentamente

JOAQUÍN RODRÍGUEZ

a 15 de Mayo de 1996.

Señor Joaquín Rodríguez

Estimado señor:

A petición nuestra el señor Gustavo Esteva nos envió la nota que apareció en el número de mayo de *Vuelta*. Debía publicarse, a pesar de que los puntos de vista que en

ella se expresan son manifiestamente contrarios a los que se sustentan en esta revista. El error consistió en no acompañarla con las aclaraciones pertinentes: para nosotros la oposición entre la democracia representativa y la dictadura no es ilusoria sino bien real; tampoco compartimos la superstición de ver en el llamado "México profundo" —vaga denominación de una idea aún más vaga— el remedio a los males de nuestro país.

Lamentamos de verdad estas omisiones: no volverá a ocurrir. ♪
Cordialmente

OCTAVIO PAZ

DEL HAIKAI ANTILLANO

Una provechosa excursión por las librerías de uso de la calle Donceles me ha convertido en el nuevo y feliz propietario de un volumen digno de ser comentado: se trata del *Ensayo de haikai antillano*, de Eduardo Benet y Castellón, autor que supongo cubano puesto que el libro publicado por una misteriosa Prensa Excelsior está impreso en la ciudad de Cienfuegos, Cuba, en 1957.

Como seguramente los lectores se hacen la misma pregunta que me hice yo antes de entrar en las 82 páginas de Benet y Castellón (¿qué diablos es un haikai antillano?), valdría la pena repasar algunas hipótesis antes de entrar de lleno en el tema. No hasta la decisión confesada por Castellón y Benet de atenerse al apotegma "un haikai debe escribirse en una hoja de cerezo" (definición insustituible para un asiático pero algo sospechosa en un caribeño); la introducción de este singular *Ensayo* en verso cita la noción de haikai preferida por Alfonso Méndez Plancarte en su presentación a una *Primera antología del haikai hispano* (México, 1952), la cual define al haikai como un "mínimo y dulce género de poesía lírica, instantánea y sintética, tierna y sonriente, en su amor a la naturaleza; sutil y fúlgida en su agudo concepto o en su virgen metáfora, leve en su parva música cristalina". Como a duras penas cabría imaginar una definición más parnasiana de esa invención tan forzosamente sobria como es el haikai, hemos de concluir que los esfuerzos de Méndez Plancarte como antólogo y los de Benet y Castellón como versificador están a punto de coincidir

en el absurdo. Algunos ejemplos del segundo:

¿Venus de atarraya?
¡Ay, pescadorzuela,
hájate la saya!

O lo que Benet y Castellón describe como "haikai patriótico", nacido de la irreprimible decisión de reflejar "el estado de conciencia del autor ante la fatal tragedia de esta patria":

Patria los buenos
mueren por ti; los otros
mueren por el gobierno.

Para concluir con este injerto de Basho con Huidobro:

El colibrí
no aparta su helicóptero
del alhelí.

Si bien, a juzgar por la obra reseñada, puede afirmarse que la irrupción del haikai en las Antillas fue un total infortunio poético, en el terreno cómico bien podría alcanzarse un éxito digno de ser tomado en cuenta. ♪

ERNESTO HERNÁNDEZ BUSTO